

## INTEGRACION ECONOMICA O ESCAPISMO DE LAS BURGUESIAS NACIONALES

Los distintos criterios que puedan adoptarse frente a la integración económica obedecen fundamentalmente, al rango que se atribuya, en el conjunto de causas que configuran el retraso de América Latina, a la ampliación de mercados. Estaremos en desacuerdo si se considera que es esencial dicha ampliación de mercados para derrotar el retraso y la miseria.

Hay quienes hablan del imperativo de la integración latinoamericana. Para nosotros la integración latinoamericana no es un imperativo en la hora presente. El imperativo es derrotar el retraso y la miseria, y para derrotarlo, la ampliación de mercados es un objetivo relativamente accesorio dentro del cuadro general. El retraso de América Latina, de ninguna manera está condicionado por la magnitud de los mercados. Esta es una falsa disculpa de la clase gobernante para eludir la verdadera respuesta. Existen países con inmensos mercados potenciales, para sólo referirme a uno, India, que no progresan. India tiene una población del orden de los 500 millones de seres humanos y sin embargo es una de las naciones que tiene la tasa de crecimiento más baja del mundo. Los elementos que dinamizan la economía de un país son muy otros que la ampliación de mercados. Es absurdo pensar que el hecho de proyectar economías débiles, estagnadas o anémicas a un plano regional o supranacional, por ese solo hecho estas economías van a experimentar el milagro de crecer a niveles acelerados. El caso concreto lo tenemos en Europa. El mercado común europeo es fuerte, no por la magnitud de su mercado, sino porque las naciones que lo componen son poderosas. Un mercado común es la culminación de un vasto y secular proceso de desarrollo. A nuestro juicio, él no es, ni ha sido, causa u origen de un proceso de desarrollo. Por lo demás, en Europa, el mercado común, más que una ampliación de mercado es un acuerdo de distribución de ellos como medio de superar las graves y profundas contradicciones del mundo capitalista.

Los factores que obstaculizan el desarrollo de América Latina son muy otros y muy distintos que la amplitud o magnitud del mercado.

A nuestro juicio, todo proceso de desarrollo está necesariamente causado por radicales y profundas transformaciones en la estruc-

tura económica, política y social de una comunidad. Así, India con un mercado potencial de 500 millones de habitantes no está progresando por la sencilla razón que no ha logrado introducir cambios verdaderamente radicales en su estructura. En consecuencia, es un factor que obstaculiza y obstruye el desarrollo de América Latina, la estructura pseudocapitalista y feudal que domina en estos países. Mientras esta estructura no sea superada, América Latina persistirá en el retraso y en el estagnamiento.

En segundo lugar, es causa fundamental del retraso, los términos de intercambio injustos que nos imponen los países imperialistas. En este sentido nos remitimos a lo expresado por el señor Raúl Prebisch: "En comparación con el quinquenio anterior, en los años 1955-1960 el deterioro de los intercambios a que me refiero significó una pérdida de ingreso real para el conjunto de América Latina equivalente a siete mil trescientos millones de dólares, mientras que el influjo neto de capital extranjero durante esos mismos años era aproximadamente de siete mil setecientos millones de dólares". Vale decir, los términos de intercambio abusivos que nos aplican importan una succión de recursos para América Latina de una magnitud simplemente inimaginable. Este es un problema mucho más grave que la ampliación de mercados y mientras no se resuelva, las posibilidades de crecimiento de América Latina estarán gravemente limitadas.

En tercer lugar, es fundamental recuperar las riquezas básicas. Las cifras son conocidas, sin embargo no siempre se miden en toda su vasta y dramática proyección. El hecho de que el cobre chileno no sea chileno, significa, que de un total de venta en el exterior de trescientos veintiocho millones de dólares en el año 1959, trescientos cuarenta y siete en 1960; trescientos trece en 1961; trescientos cuarenta y cinco en 1962, trescientos cincuenta y cuatro en 1964; esto es, de un promedio de trescientos treinta millones de dólares, en que vendemos el total de nuestra producción de cobre, sólo se retornan al país, entre el 51 y 52% de ese total. Sobre ciento cincuenta millones de dólares quedan anualmente fuera de Chile. Indiscutiblemente, ningún país del mundo ha logrado altas tasas de crecimiento teniendo que exportar o dejar fuera un porcentaje tan increíble de su producto. En 40 años, las empresas de la Gran Minería del Cobre nos han sustraído ingresos por un monto de tres mil quinientos millones de dólares. Se han hecho comparaciones con relación al total del patrimonio nacional y se llega a la conclusión de que no menos del 40% de éste lo hemos remesado al exterior. Lógicamente, mientras nuestro país tenga que colaborar a mantener el extraordinario standard de vida de los EE. UU. con un aporte tan sustancial y fantástico de nuestro ingreso, nuestras posibilidades de crecimiento y las de cualquier otro país latinoamericano que se encuentre en similares condiciones, son bastante precarias.

En cuarto lugar, es esencial resolver el problema del endeuda-

miento. En cálculos últimos se llega a la conclusión, de que en promedio, los países latinoamericanos están destinando aproximadamente el 30% de sus ingresos en divisas, a servir sus respectivos endeudamientos; aún más, si a este servicio agregamos las cifras que por utilidades y depreciaciones se llevan las empresas extranjeras, se llega a la conclusión que el 44% de los ingresos en divisas se destina a este objeto. En Chile, si cumpliéramos con los Convenios suscritos en materia de crédito y con el Estatuto del inversionista, el próximo año tendríamos que cancelar doscientos noventa y tres millones de dólares a título de intereses, amortizaciones, utilidades y depreciaciones. Todos saben que los ingresos de divisas alcanzan cuando más a 450 millones de dólares. Para cualquiera no es un misterio imaginar lo que significa que de un ingreso de 450 millones de dólares tengamos que cancelar trescientos millones de dólares en intereses, amortizaciones, utilidades y depreciaciones, quedando solamente 150 millones de dólares para cubrir las importaciones; en circunstancias que éstas se han encaramado a más de quinientos ochenta millones de dólares. Vale decir, existe un déficit anual de sobre trescientos 50 millones de dólares. La situación de Chile es realmente insostenible. La situación de los demás países latinoamericanos no es menos grave que la nuestra. En este momento, América Latina no puede servir un endeudamiento de esta magnitud.

EE. UU. sustrae de los precarios recursos de América Latina, un alto porcentaje de ellos, a través de los términos de intercambio desfavorable que nos impone y trata de compensarnos ese despojo, con créditos. Yo diría en lenguaje polémico, que lo que nos roban a través de los términos de intercambio, pretenden restituirlo a título de créditos; pero los créditos hay que pagarlos y además de pagarlos, sirven en gran medida, para financiar las propias exportaciones norteamericanas, los fletes y seguros. La totalidad de los convenios de créditos suscritos por Chile con EE. UU. llevan incluidas las cláusulas de transportar las mercaderías adquiridas con dichos créditos en barcos de bandera norteamericana y aseguradas en compañías de seguro norteamericanas. En consecuencia, los créditos otorgados por EE. UU. a nuestras Repúblicas, en gran medida, constituyen un sistema de financiamiento a los exportadores norteamericanos. Más que financiar a las repúblicas latinoamericanas, los norteamericanos financian así a sus exportadores, a sus empresas navieras, a sus compañías de seguro, a sus bancos. Según CEPAL, en el año 1961, América Latina remesó a EE. UU., por concepto de utilidades de sus inversiones, mil setecientos treinta y cinco millones de dólares: por servicio de créditos, vale decir por amortizaciones e intereses, mil cuatrocientos cincuenta y cinco millones de dólares; y por términos de intercambio negativos, mil cuatrocientos sesenta millones de dólares. En total, América Latina contribuye en 1961 al progreso de EE. UU. con la cifra de cuatro mil seiscientos cincuenta millones de dólares al año. Ahora, si

evaluamos el envío de capitales de nativos a EE. UU. en sólo trescientos cincuenta millones de dólares, que es una cifra insignificante, concluimos que al año, América Latina le aporta al progreso norteamericano, sobre cinco mil millones de dólares.

El cálculo de la deuda pública de América Latina llegaba en 1950 a 400 millones de dólares y el año 1963 llegó a nueve mil cien millones de dólares, o sea aumentó sobre ocho mil quinientos millones de dólares. Según el Banco Interamericano, en el año 1965, si pagáramos las amortizaciones e intereses convenidos, habría que remesar dos mil doscientos millones de dólares. La Alianza para el Progreso consulta una "ayuda" para América Latina en créditos, de dos mil millones de dólares al año, veinte mil millones en diez años. Pues bien, se consulta una "ayuda", como la llaman, de dos mil millones de dólares al año y por utilidades, depreciaciones, términos de intercambio negativos, fuga de capitales, América Latina ayuda a EE. UU. con cinco mil millones de U. S. al año; vale decir, quedaríamos con una balanza deficitaria del orden de los tres mil millones de dólares. Por lo demás, éste no es un misterio, Estados Unidos tiene una balanza de pago deficitaria con Europa y ampliamente favorable con América Latina.

En quinto lugar, estimamos que otro de los problemas que está obstaculizando el desarrollo de América Latina es la exigencia de compra de armamentos. Según cifras oficiales, también proporcionadas por CEPAL, anualmente América Latina gasta mil quinientos millones de dólares en armamentos. Se acaba de suscribir un convenio de armamentos entre Argentina y EE. UU. por treinta millones de dólares. Es interesante recordar que EE. UU. nos ha impuesto una política multilateral de comercio y de pago, pero cuando se trata de comerciar armas sí que acepta el bilateralismo.

En sexto lugar, en estos instantes no es menos importante ampliar mercados dentro del continente latinoamericano como fuera de él. Los países con altas tasas de desarrollo, como son los países del mundo socialista, nos aseguran una demanda sostenida para nuestros productos.

En resumen: todas las causas, que no pretenden ser taxativas, se sintetizan para nosotros en la lucha antimperialista. Creemos que el retraso de América Latina se debe, fundamentalmente, a la condición de dependiente del Imperio norteamericano. Si nosotros lográramos romper las barreras que nos atan al imperialismo del norte, evidentemente se abrirían extraordinarias expectativas.

Igualmente estimamos que previo a buscar ampliación de mercados dentro de América Latina, deben ampliarse los mercados, internamente, en nuestras veinte repúblicas. Consideramos que a través de una redistribución del ingreso nacional y de reformas agrarias verdaderas se puede incorporar al consumo de las veinte repúblicas latinoamericanas, una cifra del orden de los ciento cincuenta a ciento sesenta millones de habitantes, que hoy día prácticamente están marginados de la civilización. En Chile, concreta-

mente, tres o cuatro millones de habitantes viven en condiciones subhumanas. Creemos que antes de ir a buscar mercados en Argentina, Brasil o Méjico, debiéramos incorporar al consumo esta inmensa masa de población que no está consumiendo. Además la reforma agraria tiene decisiva gravitación en el desarrollo económico y en la balanza de pagos. Es sabido que actualmente Chile está gastando aproximadamente ciento veinte millones de dólares en importar artículos alimenticios. Una reforma agraria auténtica podría en porcentaje muy alto sustituir estas importaciones, en trigo, leche, mantequilla, cuero, carne, etc. por producción nacional y evidentemente disponer de sesenta o setenta millones de dólares más para importar bienes de producción. Debemos recordar que la Corporación de Fomento, se fundó, entre otras razones, porque se gastaba demasiado en importar una serie de artículos que era posible producirlos internamente, como acero, petróleo, etc. La producción nacional de acero significa una economía de divisas del orden de los cincuenta a sesenta millones de dólares al año. No menos de treinta o cuarenta millones de dólares gastaríamos en importar petróleos si no existiera ENAP; y la industria azucarera nacional nos ahorra importaciones por diecisiete millones de dólares; vale decir, hemos economizado en sólo estas tres industrias básicas aproximadamente cien millones de dólares. Pero ¿Qué ha sucedido? Que lo que economizamos en importación de productos industriales lo hemos gastado en la importación de artículos alimenticios, por la estructura retrasada y feudal que impera en el agro chileno.

En resumen sintetizamos estas ideas en la lucha antifeudal.

Por último, creemos que para alcanzar tasas de desarrollo compatibles con los anhelos e inquietudes de las grandes masas nacionales y continentales es fundamental planificar las economías. En este sentido consideramos que es un gravísimo error haber aceptado el espíritu y la filosofía de la zona de libre comercio, que obedece a una inspiración de tipo liberal, y que defiende la libertad de comercio y la libertad de cambio. Ningún país en proceso de desarrollo ha conseguido altos niveles de crecimiento abriendo sus puertos al comercio internacional. Cuando estos llegan a la última fase del desarrollo capitalista entonces sí que son partidarios de la libertad de comercio y de la libertad de cambio, pero mientras no obtienen ese desarrollo, defienden con toda agresividad una política proteccionista. Por lo demás nada se gana con adoptar sistemas que no responden a la realidad objetiva de los hechos. En Bretten Wood, en 1945, Chile se comprometió a establecer, en un plazo de 5 años, la libertad de comercio y de cambio, el cambio único y desahuciar los convenios bilaterales de pago. Pues bien, en 1950 se vio obligado a hacer todo lo contrario que había acordado en 1945, en Bretten Wood. En 1950 se aprobó la ley 9839 que creó al Consejo Nacional de Comercio Exterior y allí se acordó el sistema de "PREVIA", que es la antítesis de la libertad

de comercio, puesto que toda autorización de exportación e importación debe aprobarse previamente. En vez de cambio único y fluctuante establecimos cambios múltiples y en vez de desahuciar los convenios bilaterales e ir a un sistema multilateral de comercio y de pagos, mantuvimos y ampliamos los convenios bilaterales. La libertad de comercio es una imposición ajena a nuestra realidad y no es más que una consigna de las grandes potencias capitalistas para mantener amarradas nuestras economías dependientes a las metrópolis imperialistas.

En conclusión, la integración latinoamericana a través de ALALC, es, dado el rango y la preeminencia que se le atribuye dentro de los problemas latinoamericanos, un escapismo de los gobiernos y burguesías de nuestros países para soslayar las verdaderas soluciones. Las oligarquías latinoamericanas han visto en la Alianza para el Progreso y en la Zona de Libre Comercio dos panaceas para evitar reformas radicales de sus estructuras gastadas y viciosas. A través de la Alianza para el Progreso han pretendido obtener los capitales que el ahorro interno nacional no les ha producido; y a través de la zona de libre comercio, han querido ganar los mercados que reformas estructurales internas podrían haberles dado. En otras palabras, no quieren hacer los esfuerzos y sacrificios que implica una alta tasa de ahorro interno y prefieren financiar el desarrollo con créditos externos, que hoy día los llaman "Ayuda" de la Alianza para el Progreso.

Por otra parte, tampoco desean hacer los cambios que permitan una real redistribución del ingreso y una auténtica reforma agraria. Por esto calificamos de actitud escapista la de los gobiernos y burguesías latinoamericanas, que a través de mitos artificiales a nuestra realidad, desean impedir las reformas radicales y profundas que las circunstancias históricas exigen.

La integración de economías seudo-capitalistas y feudales no es una solución. El sistema liberal capitalista se ha demostrado incapaz en los países subdesarrollados de desatar las fuerzas del progreso. En consecuencia, lo que es malo en particular también es malo en general. Si una economía seudo-capitalista en Chile es mala, y una economía seudocapitalista en el Perú es mala, no vemos por qué, coordinadas en plano supranacional, esas economías producirán efectos mejores que los que pudieran haber tenido en el plano nacional. En el fondo, es proyectar a un plano supranacional, los vicios, defectos y errores de que adolecen estas economías en los planos nacionales. Y tal es así que existe una especie de ley del mundo capital, una ley que si bien no está formulada, los hechos la han demostrado, y han demostrado cómo en los últimos cincuenta años, los profundos desniveles que existían entre países ricos y países pobres se han agravado. En nuestras economías individuales, el fenómeno se repite, los desniveles entre los sectores pudientes y modestos de la población, se han agudizado. En el plano mundial ha ocurrido lo mismo. Las cifras son sobrada-

mente conocidas. Se sabe que alrededor de un 15% de la población mundial usufructúa del 67% del ingreso mundial, y este desnivel se ha ido agudizando cada vez más. No hay ninguna razón para suponer que en América Latina no sucederá lo mismo. Aquellos países de más alto ingreso, tenderán a enriquecerse más que aquellos países más pobres. Indudablemente los países que habitan el Atlántico están en mejores condiciones que los países que habitan el Pacífico para usufructuar y aprovechar las pequeñas ventajas que pueda ofrecer una zona de libre comercio, dado que ahí están los grandes centros consumidores. Por otra parte, allí está invertido el gran porcentaje de los capitales norteamericanos.

La viciosa estructura que caracteriza la economía de nuestros países se proyectará al plano continental. En estos momentos se estudia la integración sectorial para la industria automotriz. Evidentemente los capitales y las marcas que aspiran adueñarse del mercado son los grandes imperios europeos y norteamericanos a través de Volkswagen y Kaiser. En máquinas calculadoras se está estudiando una coordinación presidida por IBM. Y en máquinas de afeitar está Remington. Prácticamente nuestro mercado pasaría a ser sucursal de los grandes mercados imperialistas. No tendríamos, como no tenemos, autonomía propia.

En conclusión, vuelvo a repetir: la zona de libre comercio, como está concebida, no resuelve los vicios y defectos que obstaculizan y obstruyen el desarrollo de nuestros países, sino que por el contrario los proyecta multiplicados a un nivel continental.

Por otra parte, uno de los factores que más distorsiona la producción de estos países es que existen sectores de muy alto poder de consumo y sectores muy pobres. ¿Por qué lo distorsionan? Porque orientan su consumo a cierto tipo de artículos, que no son esenciales, como por ejemplo, automóviles, radios, televisores, etc. Este mismo defecto lo estamos viendo repetirse en escala continental. ¿Cuáles son los convenios de coordinación que se están gestando?: Fundamentalmente para fabricar automóviles, radios, máquinas de afeitar, etc.

A continuación hagamos un breve análisis del caso concreto de Chile, en relación con la zona de Libre Comercio. En primer lugar nuestras exportaciones sólo han crecido levemente y esto se ha debido exclusivamente al hecho que hemos vendido mayor cantidad de cobre. En cambio, no hemos logrado colocar productos manufacturados, fuera de papel y celulosa. Aún más, Chile vendía bastante acero a Argentina antes de firmar el convenio de Zona de Libre Comercio y posteriormente éstas han descendido a una cifra despreciable. Por otra parte han aumentado extraordinariamente las importaciones. Chile acusa una balanza de pagos ampliamente deficitaria con el ALALC. Los déficit han ascendido de veintitrés millones que eran en 1957, a setenta millones que lo fue el año pasado. Como es sabido, a causa de la política impuesta por el Fondo Monetario Internacional, vale decir por EE. UU., las im-

portaciones de la Zona de Libre Comercio se pagan en dólares; de manera tal, que el déficit que acusa nuestra balanza de pagos con el ALALC, es de inmensa gravedad.

En síntesis, para Chile, hasta el momento, el ALALC no le ha reportado ningún beneficio. En cambio, han obtenido ventajas notorias, Méjico y Argentina y en segundo lugar, Brasil, que era fácil de imaginar, puesto que el mercado del Océano Pacífico es muy reducido en comparación con el de la zona del Atlántico. Lógicamente este mercado se ha visto robustecido.

Nuestro país es muy dado a la imitación. Como en el mundo se constituyeron grandes bloques económicos y políticos, creyó también llegada la hora de formar parte de un bloque y por eso fue de los principales impulsores de la Zona de Libre Comercio. La verdad es que los mercados no se establecen por decretos. Europa era un mercado común antes de acordarlo formalmente. Tenía una vasta red de transportes, y de caminos; economías similares, políticas monetarias y de cambios iguales, niveles de desarrollo parecido, etc. En cambio los desniveles en América Latina son simplemente monstruosos, tanto en standard de vida, como ingreso per capita, política monetaria, de cambios, fiscal, etc. Podría decirse que no transcurre un mes sin que uno de nuestros países no desvalorice en 1 o 2% su moneda. Evidentemente, no hay posibilidad ninguna de coordinar políticas económicas en países que están desvalorizando en este porcentaje su moneda. En Europa esto no sucede. Son países de economías estables. No hay siquiera unión física entre nuestros países. Chile tiene sólo un par de vías férreas que lo comunican con Argentina. Existe escasamente un camino o dos, que por lo demás se interrumpen en el invierno. El transporte marítimo es incierto y precario. No hace mucho tiempo los países latinoamericanos intentaron formar una asociación de armadores, pero inmediatamente intervinieron los carteles internacionales y esta presunta asociación de armadores que se inició con bastante optimismo, por razones que son fáciles de imaginar, se detuvo y actualmente estamos sometidos a las imposiciones de los trusts internacionales. Tampoco podemos olvidar que el comercio entre los países miembros de ALALC solamente representa alrededor de un 10% del Comercio total de estos países.

Por otra parte, la verdad es que los países latinoamericanos no están en posición honesta de mantener una auténtica reciprocidad en su trato comercial. Como hemos dicho se estudiaba un convenio de complementación para la industria automotriz. Se trataba de que Chile fabricara ciertas piezas de automóviles y Argentina y Brasil otras; pero llegado el momento de materializar este acuerdo, los brasileros preguntaron ¿Qué va a fabricar Chile? imagine-mos: radiadores, baterías y neumáticos, a lo que la burguesía brasilerá respondió que también ella estaba produciendo baterías, radiadores y neumáticos y no aceptaban sacrificar sus posibilida-

des industriales a las nuestras. Es decir, no existe ni el deseo ni el imperativo de la integración.

La integración en nuestros países ha sido fruto de una imposición por la cúspide, no efecto de un proceso de maduración por la base, como lo fue en Europa, y eso se demuestra en un hecho que puede parecer hasta cierto punto fútil, pero que no deja de ser por sí mismo menos decididor. Si se le planteara a cualquiera el problema de ser mañana designado Ministro de Hacienda o Gerente de una empresa particular. ¿Qué respondería acerca de la integración económica? Seguramente se encontraría con que el último problema que le interesaría resolver sería el de la integración. Antes tendría que preocuparse de cómo aumentar la tasa de ahorro para aumentar la inversión pública y privada; cómo resolver el problema angustioso y dramático de la balanza de pago; cómo obtener que la agricultura se coloque a tono con el aumento vegetativo de la población; cómo conseguir una redistribución más justa del ingreso nacional, etc. Y después de varios etc., tal vez se interesaría en el mercado común. Ahora, si le preguntáramos: como industrial de tornillos, chapas, textiles, etc., ¿Cuál es su problema? Responderá que no se pueden cubrir las importaciones de materias primas; que el sistema crediticio es deficiente y caro; que no existen los elementos técnicos suficientes; que la mano de obra es poco calificada; que el transporte es malo, etc., y después de otro etc. más —talvez— plantee el problema de ampliación de mercado. Esto está demostrando que no es un imperativo. En cambio, para un Ministro de Hacienda Francés e Inglés o para un empresario alemán o italiano el problema fundamental es de mercado, cómo distribuir el mercado. Para los productores de Simca, Volkswagen y Fiat el problema esencial era cómo distribuirse el mercado. Por eso Simca acaba de ser vendida a los intereses norteamericanos igual que Fiat. Esto está demostrando que el imperativo de la integración económica no es un problema que en este momento tenga una prioridad fundamental y básica dentro de América Latina. La integración económica y la Alianza para el Progreso son escapismos que se están buscando para evitar las radicales transformaciones que la hora presente exige. Por esto, si bien no negamos importancia absoluta a la integración, sostenemos que en el rango de nuestras preocupaciones públicas y privadas, la integración ocupa un lugar subalterno y adjetivo frente a problemas de mucho mayor urgencia e importancia como los señalados, a saber: La lucha antimperialista y anti-feudal.